

Desde el Mirador de París

FERNANDO FOCH, ESCRITOR



EN estos días la prensa francesa se ha desbordado en biografías acerca del soldado máximo de la Guerra Europea. Todas las faces y perfiles del mariscal son glosados con ojo avizor por los artesanos de la pluma. Desde la vida del militar, del académico, del político y del diplomático, hasta la vida del hombre íntimo—el padre, el abuelo, el esposo, el creyente—han sido analizadas con pertinaz y noble empeño. Poco se ha hablado sin embargo, del escritor. Se dijo, sí, con extraña irreverencia—o tributándole un elogio—que casi no había leído a sus contemporáneos, asegurándose entre otros pequeños grandes detalles, que ignoró por completo la obra de Anatole France y de Paul Valéry...

La *Revue Hebdomadaire* ha ofrecido a sus lectores la primicia de algunos capítulos del libro que el comandante Bugnet va a publicar sobre el que fuera su antiguo jefe y amigo de la infancia.

«Es característica de los escritores de segundo orden, poner siempre un adjetivo después de cada palabra» comentaba el Generalísimo. «No comencéis nunca una carta por «yo»; el *ego* es aborrecible», agrega en otra parte haciendo sus reservas sobre el uso del pronombre tan empleado en lengua francesa.

Acerca de la manera de escribir del mariscal Foch, anota el comandante Bugnet, testigo ocular:

Lee lentamente cada frase, corrige su construcción gramatical, cambia el orden de la oración, suprime, aumenta, corta, retoca aún, y bien pronto la página queda surcada de líneas y de palabras en todas direcciones.

Gustaba el vencedor del segundo Marne repetir a sus colaboradores:

Precisiones... No tengáis miedo de hacerlas... Y después: Limad, limad, limad siempre. Cortad la frase. Nada de verbos pasivos... hay que hacer sentir lo que se dice... Limad, pulid todavía... Saber escribir es saber expresar claramente su pensamiento.

«¿Los prólogos? ¡Me abruman soberanamente!», repetía cada vez que se solicitaba su concurso. Se puede contar con los dedos de una mano los prefacios que se dignó dedicar durante su fecunda y gloriosa vida.

Sobre el *fochismo*, culto legítimo del pueblo francés, Gabriela Mistral acaba de escribir una conmovedora página literaria: «Daba no sé qué orgullo humano—evoca la gran poetisa chilena—saber que este hombre de clemencia ha sido posible en nuestro tiempo y que es nuestro hermano por la fraternidad mística que la misma época crea entre todos nosotros!»

LA PRENSA SOVIÉTICA TAL CUAL ES.



RAIZ de la revolución bolchevique que desató hondas pasiones y sacudió los cimientos de un imperio varias veces secular, la prensa libre de Rusia sufrió rudo desmedro. No queda en la presente hora «de reivindicaciones públicas y de libertades ciudadanas», uno solo de los once grandes cotidianos que se publicaban antaño en Petrogrado.

Con todo—y a fuer de imparciales—debemos convenir que en Moscú existen en la actualidad (¿no es así, querido maestro Manuel Ugarte, usted que visitó la Rusia roja?) tres importantes diarios. Comencemos por referirnos al *Isvestia*, cuya tirada alcanza la bonita cifra de 600 mil ejemplares (1). Su título es la abreviatura de su programa: «Informaciones del Comité Central Ejecutivo de todas las Rusias».

Este periódico, de gran formato, con ocho páginas diarias, es el órgano oficial de la U.R.S.S. Publica todas las leyes, decretos, actas de las sesiones de los Consejos, telegramas del interior y del extranjero, etc. Fuera de esta sección estrictamente gubernativa se leen, en otras columnas de la misma hoja, crónicas y reseñas sobre todas las graves cuestiones sociales, políticas e industriales que preocupan al país doliente. En el *Isvestia* aparecen prohiendo artículos de una extrema severidad las firmas de los famosos líderes del partido reinante. Antes de la muerte del fundador del régimen y antes de la escisión de la familia bolchevique, los nombres de Lenin, Trostzky, Zinoviev, Bukarin, etc., eran vecinos en las páginas del *Isvestia*. Ahora figuran solamente las colaboraciones de Stalin, Tomsky, Volin, Radeck, Kalinin... (El malaventurado Trostzky, expulsado de la prensa bolchevique mucho antes de haberlo sido del propio territorio ruso, se ha visto obligado recientemente — como es de dominio público— a solicitar hospitalidad en la

(1) No olvidemos que Rusia cuenta con una población de más de 130 millones de habitantes.

«prensa burguesa» del extranjero para relatar sus cuitas personales y sus querellas políticas. El señor Trotszky percibió de las agencias norteamericanas—tan aborrecidas por él—un buen puñado de dólares.)

Se caracteriza el *Isvestia* por sus violentas campañas que traducen automáticamente la voluntad omnímoda del Dictador. Algunas divisas del periódico, renovadas sin cesar, merecen ser reproducidas a título de curiosidad: «Todo para crear una flota roja»; «Nuestra salvación reside en la industria»; «Para aniquilar a Chamberlain nos hace falta una flota aérea», etc., etc.

El vocero del comunismo es *La Pravda*, con una tirada de 900 mil ejemplares. El comunismo es el único partido político que tiene derecho a poseer su órgano de prensa. Actualmente dirige *La Pravda*—cuya jefatura se nombra por acuerdo del Comité Ejecutivo Comunista—la señora Ulianova, hermana de Lenin.

Como no es el reflejo oficial del Gobierno, *La Pravda* (La Verdad en castellano) se permite ciertas críticas inofensivas sobre los actos de los diferentes Comisariados. Puede señalar sin riesgo aparente los defectos de determinadas organizaciones y reclamar las reformas que juzgue perentorias. Pero apresurémonos a decir que no existe tal oposición, o, si se quiere, que se trata tan sólo de una antinomia ficticia. Stalin, jefe del Gobierno, es al mismo tiempo secretario general del partido comunista. En concreto, las ligeras divergencias de opiniones se reducen a matices que pasan inadvertidos y que proceden de una misma fuente directiva.

La Pravda de Moscú tiene varias filiales derramadas en el extenso Estado. Aunque con el mismo título lleva, cada cual, el nombre de la ciudad donde ve la luz pública. Así, existen, *la Pravda* de Leningrado, *la Pravda* de Karkov, etc., etc. Todos esos periódicos de segundo orden tienen un interés meramente local y un número de lectores bastante limitado.

El tercer gran rotativo de la metrópoli roja es el *Ekonomicheskai Jisn* (La vida económica), cuya tirada diaria es de 400 mil ejemplares. Está editado por dos instituciones que ocupan en Rusia un lugar preponderante: el Consejo del Trabajo y de la Defensa y el Consejo Económico.

Los títulos que ostenta un número reciente de dicho cotidiano ofrecen una idea aproximada de sus líneas generales: «El aumento de los precios al por menor»; «Los recursos de la U.R.S.S. y el edificio del socialismo»; «Los pedidos no son ejecutados a tiempo»; «La lucha contra la burocracia»; «Los problemas a base de un plan de economía social por un período de cinco años»; «Revista del trabajo de racionalización en la industria metalúrgica», etc., etc.

Además de estos tres formidables periódicos, aparecen otros varios consagrados a un público especial. Tales, por ejemplo, el *Biednota* (los desdichados) que registra una tirada de 120 mil ejemplares; el *Kriestianskaia Gazeta* (diario de los campesinos) con 350 mil números; el *Rabochaia Gazeta* (diario de los obreros) con 350 mil números; el *Trud* (el Trabajo) con una tirada de 65 mil ejemplares, etc. Se publican asimismo numerosas revistas semanales y mensuales—literarias, artísticas, satíricas—que sería ocioso enumerar *in extenso*.

Pero repitamos lo dicho al comienzo de esta noticia: La dictadura soviética ha amordazado la palabra impresa con tal desmesura, que hasta la imparcialidad en artículos serenos y comedidos se castiga con el destierro o con la prisión. Algunas veces también, ahogando al osado en un silencio definitivo. Inútil agregar que la censura de prensa es más rigurosa que en países donde se halla oficialmente establecida.

La dictadura soviética no ha concedido a su pueblo ni esa válvula de escape que es la libertad de pensamiento. La revolución rusa, gran tragedia espectacular, no ha intentado purificarse dentro de un ideal inmediato y humano, un ideal sin sangre, cicatrizativo de heridas para restañar al menos tanto dolor inútil... No ha intentado Moscú esa superación, esa «Katharsis» de la tragedia griega a que se refiere Aristóteles.

LA MUERTE DEL JURISTA FERRI

A CABA de fallecer en la Ciudad Eterna a la edad de 73 años el eminente jurista italiano Enrico Ferri. ¡Extraña vida política la suya! Inclinado al socialismo por sus estudios de sociología, alumno y continuador de César Lombroso, este temperamento impulsivo se había colocado desde luego en la extrema izquierda del partido, convirtiéndose de hecho en el jefe de la tendencia revolucionaria en el país y en el parlamento.

Gran orador, gran abogado, jurista de primera fuerza, obtuvo éxitos de tribuna sólo comparables a los alcanzados por Castelar, Jaurès y Wilson.

Su radicalismo no duró largo tiempo, y en 1901 se le encuentra en la extrema derecha del socialismo, solicitando del rey el honor de ser llamado a la Corte. Excluido entonces del Partido, vuelve a incorporarse a él después de la Guerra y en 1920-21 ingresa a la Cámara, donde intenta hostilizar al fascismo naciente. Tampoco esta vez se distingue por la firmeza de sus convicciones, y apenas consumada la marcha sobre Roma, se adhiere al nuevo régimen. Antes de efectuarse el reciente plebiscito italiano, Mussolini le concedió la investidura de senador del Reino después de haberle confiado la jefatura de una comisión encargada de revisar el Código penal.

Desde algunos años a esta parte, Enrico Ferri había muerto políticamente. A pesar de su enorme popularidad, sólo perdurarán sus obras de sociología y de criminología, por cuanto fué en ese dominio un innovador nato, un audaz revolucionario.—
CARLOS DEAMBROSIS MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

A propósito de una traducción

EL número 52 de *Atenea* ha publicado un artículo del señor R. Mondría sobre mi traducción de *Nel Cuore dei Continenti*, de Arnaldo Cipolla, que por su fondo y por su forma—sin entrar a calificar intenciones sobre las cuales ha habido ya un pronunciamiento bastante explícito—adolesce de errores de concepto y de apreciación que no corresponden de ninguna manera a la actitud justa y desapasionada que debe asumir quien quiera omitir opiniones, orientar gustos o fijar las elevadas normas de la estética literaria.

Los lectores de *Atenea* habrán inferido del artículo del señor Mondría que mi traducción es un galimatías abominable, un desacato al buen decir y un atentado contra el prestigio de su autor. Sin embargo—y para decirlo me apoyo en la opinión de la crítica—la verdad está muy lejos de aquella aviesa apreciación, como podrá constatarlo fácilmente quien lea la obra.

Por otra parte, el señor Mondría ha aplicado a mi traducción un criterio manifiestamente errado para apreciar las normas